

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 10 DE MAYO DE 1886→

NUM. 228

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Nido escurado.... familia disuelta* (conclusión), por don J. Ortega Munilla.—*El grano de centeno*, por don Angel R. Chaves.—*Los candeleros de plata*, por don Pedro María Barrera.—*Comunicaciones permanentes con los trenes en marcha*, por M. E. Hospitalier.—*Viaje á Filipinas* (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*¡Desdichada!...* cuadro de A. Guinea.—*En la cocina*, cuadro de Francisco Vinea.—*Serenata veneciana*, cuadro de Hans Makart.—*Esopo*, grupo escultórico de Enrique Möller.—*Las segadoras*, copia del cuadro de Julio Bretón.—*Comunicaciones telefónicas de los trenes en marcha.*—*Río Sagaliud. Golfo de Sandakán.*—*Una calle de Davao.*

NUESTROS GRABADOS

¡DESDICHADA!.... cuadro de A. Guinea

Este cuadro resuelve una gran dificultad pictórica, ó sea representar el dolor, el abatimiento, y, lo que es más difícil, la vergüenza, por medio de una figura cuyo rostro esté absolutamente oculto para el espectador. Esa dificultad aparece completamente vencida en este lienzo, verdaderamente dramático. A la vista de esa mujer, sola, sin defensa alguna contra la tempestad que amenaza, estatua de la insensibilidad ó la indiferencia por todo cuanto la rodea, surge espontáneamente un drama íntimo, el drama de la joven vilmente seducida y más vilmente abandonada. Obligada por la miseria se separó de sus padres, y perdida en el desierto de la vida, cometió la torpeza de cogerse á la mano que creyó tendérsela generosamente. ¡Pecó!... Y tras un día de confianza entrevé una eternidad de remordimiento; antes era el mundo un desierto para ella, ahora el desierto, el vacío, las tinieblas, están en su corazón. ¡Oh! ¡Quién la diera cerrar los ojos de su alma como cierra los de su ajado rostro!... ¡Quién la diera ocultarse de sí misma como se oculta de las gentes que no tienen que acusarse una falta!...

Tal es la impresión que causa esta notable obra, tratada con un talento exquisito y que, sin medios rebuscados ni efectos de relumbón, conmueve cuanto el autor puede haberse propuesto. Dos tempestades rugen en este lienzo: quien no vea sino la que estalla en la atmósfera, ha de entender poco de la forma que adapta el sentimiento.

EN LA COCINA, cuadro de Francisco Vinea

El autor de este lienzo es de aquellos artistas que opinan que las escenas de la vida moderna son demasiado vulgares para que produzcan el debido efecto tratadas pictóricamente. No es, por cierto, Vinea el único que de esta manera piensa en materias de arte, y aun la generalidad se inspira mejor en asuntos de otros tiempos que en los tipos, trajes y costumbres de nuestros contemporáneos. Parece como que el artista conozca mejor el pasado que el presente, ó que creyendo que las manifestaciones de la pasión tenían forma más dramática en los tiempos que fueron que en los nuestros, busque en aquéllos una inspiración que le niega nuestra menguada sociedad.

Sin aplaudir ni criticar de momento esa tendencia de muchos pintores, diremos que Vinea siente marcada predilección por la época de la dominación española en Italia y que sus paisanos sostienen que sus tipos de soldados y las escenas á que dan lugar se hallan tan exactamente reproducidos, que sus cuadros pueden creerse copias de sucesos presenciados por el autor. Buena prueba es de ello el cuadro que hoy publicamos, lleno de vida y movimiento: sus grupos hábilmente dibujados y distribuidos, los tipos y trajes de las figuras, sus actitudes, el carácter algo licencioso de la escena, que á pesar de todo no degenera en grosera chocarrería; todo revela conocimiento de causa, investigación, habilidad consumada en la representación de lo que pudiéramos llamar, ampliando el título de nuestro cuadro: En la cocina... de un país conquistado.

SERENATA VENECIANA, cuadro de H. Makart

Nuestros favorecedores conocen ya varios cuadros de este insigne artista, á quien la muerte ha detenido en el camino de una gloria cada día más legítima y una fortuna cada día más acrecentada. Del autor y de sus condiciones nos hemos ocupado en precedentes números: el grabado que hoy publicamos justifica el privilegiado genio de ese hombre que supo, sin salirse de la realidad de las cosas, vagar por los dorados espacios de la más poética fantasía.

En el lienzo «La Serenata» plúgole trasladarnos á la incomparable Venecia en los tiempos de su mayor esplendor; pero rechazando la costumbre generalmente seguida por otros artistas, no ha pintado Makart la ciudad del palacio ducal y del puente de Rialto, la ciudad de las iglesias que parecen museos y de las góndolas que parecen ataúdes... Puesto que Venecia ha sido un tiempo la reina del mar, en el mar ha ido á buscar la Venecia del fausto y del poderío, de las mujeres agraciadas y de los galanes trovadores.

La escena tiene lugar en el Adriático; esos buques que flotan sobre las aguas mansas son los rivales del Bucentauro, el palacio flotante de la poderosa República, buques contruidos de maderas preciosas, con velas bordadas de oro, palos con incrustaciones de marfil y remos con arabescos de nácar y corales. Makart ha visto en el arsenal de Venecia los despojos de esos buques y los ha reconstruido tales como fueron, por más que esas maravillas del arte naval parezcan elucubraciones de un artista que sueña á orillas de mares de Oriente.

ESOPO, grupo escultórico de Enrique Möller

El autor de este grupo se ha propuesto representar á Esopo, el fabulista, enseñando al pueblo en su período de niñez. Por esta misma razón el autor ha figurado al pueblo en dos niños, el menor de los cuales sólo comprende la parte literal del cuento y le causa proba-



¡DESDICHADA!.... cuadro de A. Guinea, grabado por Sadurní

blemente risa que los animales hablen; pero el otro alcanza algo más y discierne su sentido moral; así lo indica la expresión inteligente de su rostro y á mayor abundamiento la frente, avanzada en madurez, que tiene en la mano y que á estar madura del todo no iría unida á la rama.

Esopo nació por el año 620 antes de nuestra era, se supone que en Frigia. Fue esclavo sucesivamente de varios amos; el último, Jadmon de Samos, le dió la libertad, y Esopo pasó á la corte de Cresos, quien le nombró su consejero íntimo y le confió varias embajadas. En una de éstas fué Esopo al famoso templo y oráculo de Delfos cuyos sacerdotes le asesinaron por el año 560 pretextando haber sido insultados por el sabio; mas los dioses, dice la leyenda, le devolvieron la vida. La imaginación popular, para dar á su modo más realce á la sabiduría práctica de Esopo, le atribuyó una fealdad física extraordinaria y no contenta con ésto le hizo jorobado y bufón rústico.

Las fábulas y parábolas de Esopo se transmitieron en prosa á manera de cuentos de generación en generación, y se sabe que Sócrates se entretuvo en el calabozo poniendo en verso varios de estos cuentos, como hicieron después de él otros.

LAS SEGADORAS, copia del cuadro de Bretón

Uno de los mejores cuadros expuestos por Julio Bretón en el Salón de Bellas Artes de París, es el que representa «Las Segadoras» que hoy tenemos el gusto de publicar en la ILUSTRACIÓN. El artista, á la vez poeta, tiene escrito un precioso poema con el mismo título, y nada mejor que leerle para comprender y apreciar debidamente las bellezas de ese lienzo, cuyos detalles se armonizan singularmente con las estrofas de dicha poesía. Nuestro grabado es una copia fiel de ese cuadro. Hé aquí ahora la traducción de las principales estrofas de dicho poema que se refieren al cuadro.

«El sol, próximo á su ocaso y semejante á un globo de fuego, ilumina la inmensa bóveda celeste con sus postreros fulgores, que coloran de rojizas tintas los prados y la montaña. Las segadoras recogen sus haces de doradas espigas; mientras que el capataz, aplicándose las manos á la boca á guisa de bocina, ordena á las jornaleras que suspendan sus trabajos para entregarse al reposo. A su voz, todos comienzan á desfilar; las mujeres van delante, cargadas con sus gavillas, y detrás van los muchachos, llevando también sendos manojos de la espigada mies. El sol se ha ocultado ya tras la cima de la montaña, y de sus rojos resplandores sólo queda una aureola entre nubes purpurinas. Las segadoras se acercan ya al pueblo, cuyo campanario se divisa confusamente á través de la bruma de la tarde; en la campiña vuelve á reinar el silencio; y allá en el horizonte, limitado por nubes de oro, la pálida luna brilla serena, difundiendo en torno su melancólica luz.»

NIDO ESCARBADO..... FAMILIA DISUELTA

(Conclusión)

Enriqueta se ha puesto muy seria al oír estas palabras. La eterna sonrisa que vaga por sus labios como un reflejo del sol por la superficie del agua, ha desaparecido y se ha puesto pálida. ¿Qué será esto? Yo no puedo descifrar el secreto... ello es que me ha contestado al cabo de un rato:

— Puede V. enseñarme en cambio el inglés.

— Yo me he comprometido á ello y esta tarde he empezado á cumplir mi oferta.

Día 1.º de julio: — Estoy pensando hace media hora en una cosa muy gravísima, mucho. Estoy pensando en el motivo que pude haber hecho que yo mire con tan buenos ojos á Enriqueta. ¿No va á ser *mi madrastra*? ¿Y á pesar de esto la quiero? Anoche, cuando la acompañaba á la playa seguido de su padre y el mío, se le ocurrió á aquél una broma de pésimo gusto.

— Mire V., — dijo á mi padre, — parecen dos novios.

— Y se echó á reír á carcajadas.

Mi padre no contestó nada, pero yo noté en su semblante una contracción colérica y que dirigió la más odiosa mirada á su amigo. Enriqueta oyó las palabras de Arnaldo y me miró sonriendo. ¡Vaya V. á saber lo que decía aquella sonrisa! Bien decía Beaumarchais: «¡Ah, mujer, mujer, mujer!...»

Día 3: — El día 15 empiezan los trabajos preliminares de la pesquería. Hasta entonces no podré ocuparme en nada serio. Habré de apelar á mis libros y á conversar con Enriqueta. Progresá á maravilla en el idioma inglés, aun cuando sus labios de grana no aciertan á pronunciar las más sencillas palabras. Esta mañana me preguntó:

— ¿Cómo se dice *amar* en inglés?

— *Tho love*, — repuse yo. — ¿Quiere V. decirselo en inglés á mi padre?

Enriqueta se puso seria lo mismo que en la tarde primera en que yo la llamé bonita, y digo «primera» porque después se lo he llamado muchas veces. Recuerdo que entonces recobró pronto su habitual alegría; hoy no ha sucedido de este modo. Apenas ha respondido á mis preguntas, y al traducir el *tema inglés*, no ha acertado con tres palabras seguidas.

Día 7: — Mi padre nos ha anunciado después de comer que mañana sale para Barcelona, á donde le llama una carta de su cajero. Enriqueta se ha puesto tan satisfecha como si la hubieran dado la noticia mejor del mundo. ¿Es que no ama á mi padre y desea que se aparte de su lado? Eso bien se ve que... ¿Por qué unirse á él entonces? Arnaldo no hace cosa que su hija no le aconseje, y la menor resistencia de ella desbarataría la boda. Otro misterio. ¡Cuánta duda!

Día 8: — Nuestra lección de inglés ha sido hoy larga.

«Confieso que he visto con gusto el viaje de mi padre, porque su presencia me recuerda siempre sucesos desagradables y tristes. Después de almorzar entré en el gabinete de Enriqueta, y en cuanto me presenté, abandonó su maquinilla de coser y se puso derecha. ¡Esta mujer es demasiado bonita para darla lección diaria de inglés.

Día 10: — «Mañana regresa mi padre y ya no dejaré á Cadaqués hasta que se celebre la boda, hasta que se vaya con Enriqueta.

»He invertido tres horas en analizar mis sentimientos hacia ella, y no he sacado nada en limpio.

Día 11: — «Acaba de llegar mi padre. ¡Qué desgracia! Indudablemente: estoy enamorado de la novia de mi padre. Esto es desesperante, atroz, sin comparación posible á cuantos tormentos han ideado los tiranos más crueles de la humanidad.

»Desde que me he dado cuenta de lo que me sucede, mi humor negrísimo é intratable va en aumento.

— ¡De poco sirven mis lecciones! — me ha dicho hoy Enriqueta.

— ¿Ve V. como tiene razón el refrán? ¡Genio y figura...!

— El refrán tiene razón, cuando las gentes no quieren tenerla. Eso sucede aquí.

— ¿Y V. piensa que yo no quiero ser feliz?

— Lo pienso, y estoy segura de ello.

— No entiendo lo que V. quiere decirme.

Nos han llamado para comer y ha sido preciso suspender la conversación.

Día 11 (por la noche): — «No sé qué he advertido en la fisonomía de mi padre. Distintas veces ha fijado en mí y en Enriqueta una impertinente mirada llena de curiosidad y de amenazas. ¿Sabrá qué es lo que pasa por mi alma? ¿Habré yo revelado mi secreto?»

XX

ESGRIMA

La tarde era hermosa y fresca.

Angel Armengol salió de paseo con uno de aquellos amigos que había visto acompañando á su padre el día en que se encontró con él inesperadamente en el comedor de casa de Arnaldo.

El amigo á quien nos referimos era un lindo sujeto, chisgaravís, doctor en Jurisprudencia, *por Osuna*, como diría Cervantes, y el ente más pedante y ridículo de todos los que se pasean por los claustros de nuestras universidades, y pueblan los bancos de nuestras Academias.

Este doctor *in utroque*, era la sombra viva de Angel Armengol.

Desde que trabó con él conocimiento, no perdonaba ocasión ni momento alguno en que no pusiera á prueba la paciencia y comedimiento de Angel, con sus eternas é impertinentes discusiones.

Este las rehuía con todas sus veras; pero el doctorzuelo poseía un arsenal inagotable de recursos y de armas con que seguir librando sus combates.

En los casos en que no había discusión posible, le dirigía á Armengol estas preguntas ó cosa semejante:

— ¿Sin duda, V., señor D. Angel, ignorará esto ó lo otro? Pues voy á decirselo yo á usted.

Y amontonando palabras sobre palabras, vanas, huecas, sin sentido ni interés, formaba una inmensa mole abrumadora con que aplastaba al fin á todo el que tenía la desgracia de escucharle.

Angel, ya fuese porque de los que había en aquella población era el más ilustrado, ó porque lo violento de su carácter le lanzaba con más prontitud á la arena de las disputas, era siempre la víctima sacrificada sobre las aras de la locuacidad del doctor.

Este le seguía por todas partes, le acosaba y le aburría.

La tarde aquella el doctor dió un nuevo giro á sus discusiones, mejor dicho, las dejó de reserva, poniendo en campaña otros nuevos útiles de combate.

El doctorcillo se hizo murmurador.

— Desengañese usted, — decía, — yo no puedo creer que Enriqueta se case por amor con su padre de V. Yo que soy más experimentado en las cosas de la vida, y tengo gran conocimiento del mundo, le digo que no pueden mover su corazón sino impulsos bastardos ó poco generosos y puros.

Angel no pudo oír con calma estos insultos inferidos en la honra y proceder de Enriqueta por una persona á quien odiaba con toda su alma.

Se le subió la sangre á la cabeza, cegó, y lleno de ira, al mismo tiempo que de desprecio, y alzando la mano, dió una terrible bofetada en la mejilla al infamante doctorzuelo.

Este comenzó á gritar, á gesticular ridículamente, manoteando en el aire, como nadador en el agua, y haciéndose del valiente y del ofendido.

Exigió de Armengol una reparación pública y humillante de la ofensa que le acababa de inferir, y éste le contestó dándole su tarjeta y diciéndole buscara los padrinos que quisiera, para que ajustaran y presidieran el desafío.

Los padrinos de ambos contendientes convinieron en las siguientes condiciones:

1.ª El duelo había de ser á primera sangre.
2.ª El arma con que se había de jugar sería el sable de gran tamaño, llamado de caballería.
3.ª La hora, á las cinco en punto de la mañana del día siguiente.

4.ª El sitio, en la playa.

A la hora y en el punto prefijados, se encontraban reunidos los dos duelistas con sus padrinos, disponiéndose ya para la lid.

Sonaron en el reloj de la ciudad las cinco y media.

Angel y el letrado tomaron los sables y se colocaron en sus respectivos sitios, uno frente del otro.

Los padrinos se retiraron como unos veinte pasos y dieron la señal.

Llegó el instante del combate.

Las hojas de acero brillaron pálidamente al fulgor todavía tenue de la aurora. Después se cruzaron, chocaron varias veces, dejando oír su acompasado paloteo.

La mano de Armengol lanzaba sobre su contrario ta-

jos, reveses y mandobles, en medio de la mayor serenidad y aplomo.

La del doctor temblaba como la de una mujer.

La frente de aquél estaba serena; la de éste conturbada por horribles temores.

Mas aunque Armengol llevaba todas estas ventajas sobre su enemigo, á más de la de manejar con mayor agilidad el sable, aquél era más astuto en sus golpes, aun en medio de su aturdimiento.

Alcanzó uno de estos en la mano derecha.

Entonces Armengol acometió con brío y decisión al doctorzuelo, dándole un tremendo sablazo en la cabeza.

La sangre corrió á borbotones.

Acudieron los médicos á curar á los heridos, declarando que la herida del doctor era gravísima y la de Angel no muy liviana tampoco.

El padre de Angel, don Arnaldo y Enriqueta, sabedores del desafío, se habían levantado muy temprano y aguardaban con impaciencia en su casa el resultado triste del duelo.

Don Pedro parecía reconvenirse interiormente, porque en efecto, él era el ofendido en aquel caso, y no su hijo.

Una puerta se abrió penetrando por ella Angel.

Enriqueta al verle con una mano vendada, lanzó un grito, brillaron sus ojos con vivo fulgor, y cubrióse su rostro de densa palidez.

XXI

¡ESTO SI QUE ES GRAVE!

Vagos sentimientos, extrañas ideas, encontrados pareceres se revolvían confusamente en el alma de Enriqueta atormentándola y sumiéndola en una perpetua duda, á la que en vano se aproximaba una y otra luz, permaneciendo siempre oscura y envuelta entre sombras.

Muchas veces se preguntaba, en la soledad y silencio de la noche, á solas con su conciencia y su corazón, si amaba efectivamente á Angel, y amándole, si tendría fuerzas para arrostrar una resolución extraña que coronase este amor recién despertado en su alma, pero que no podía acallar ni volver al sueño de la muerte ó de la nada.

Su viva y lozana imaginación le repetía fácilmente como un espejo los encantos y excelencias de Angel.

En alas de esta misma imaginación se trasportaba dulcemente al tiempo futuro, á aquellos días llenos de amor y de ventura, en que al lado de Angel, siendo su esposa, su confidente, su amiga, le sonreiría el cielo, le encantaría la naturaleza, y gozaría su alma de todas las dichas, de todos los placeres, de todas las felicidades con que premian los dioses buenos á los predilectos del bien, del amor y de la hermosura.

Después, cuando Enriqueta penetraba con su pensamiento más hondamente en el misterio real y verdadero que este amor representaba, el rubor asomaba á sus mejillas, y sus labios se entreabrían con la dulce ansiedad con que se acercaría á su boca un cáliz rebosando de licor ó de néctar divino.

De tan sublimes y encantadores ensueños venía á derrocarla y á precipitarla en el abismo de la desgracia y de la realidad el pensamiento de su padre.

Enriqueta respetaba á su padre, como una hija educada en medio de los más sanos principios morales y religiosos.

Y no sólo le respetaba, sino que le amaba.

¡Había sido D. Arnaldo tan bueno y tan cariñoso para con ella!

¡Le había dado tantos gustos!

¿Cómo, pues, negarse al primer favor que le había pedido aquél, de quien en toda su vida no había recibido sino beneficios.

Y luego, ¡le parecía tan feo á la señorita Enriqueta trocarse de súbito, de ángel bueno y glorioso, en ángel rebelde é infernal!

¿Qué había de hacer la encantadora doncella sino resignarse con su suerte y llevar á cuestras su cruz hasta el Calvario?

Enriqueta ni amaba ni aborrecía á D. Pedro Armengol; le era indiferente; en último caso, le estimaba á la manera que se estima y aprecia una cosa cualquiera en sí, no teniendo en cuenta si podrá servirle á uno para nada, ó si podrá perjudicarle en algo.

Enriqueta, al casarse con el padre de Angel, hasta ignoraba si iba al altar en calidad de víctima ó de diosa.

No la movía el interés ni otra ambición mundana, pues era rica, y además humilde, modesta y conformadiza, obedeciendo en todo gustosa la voluntad de su padre.

Esto, cuando no había conocido aún á Angel.

Desde el momento que le conoció y pudo confesarse que le amaba, — porque esta es la verdad, — el espíritu de Enriqueta había sufrido una gran transformación.

Varios días habían trascurrido desde aquel en que se verificó el desafío entre Angel y el doctor.

Este seguía aún muy grave, con pocas esperanzas de cura; en caso de que sanara de la herida, se presumía que no quedaría muy en su punto su razón, pues la masa encefálica había sido interesada grandemente por el golpe del sablazo.

Angel se hallaba casi por completo bien de la herida de su mano, la cual no había sido dañada tan considerablemente como al principio se pensó.

Durante su breve enfermedad, Enriqueta había sido su más asidua visitadora, habiendo mediado entre los dos jóvenes los más tiernos coloquios y las conversaciones más interesantes.

Ya no había duda; Angel y Enriqueta se amaban; habían declarado su amor recíprocamente; y la adoración del uno hacia el otro rayaba en los horizontes de la idolatría.

Una noche, por fin, se hallaban los dos paseándose solos por el jardín, á donde, después de cenar, habían salido á respirar el fresco ambiente del Mediterráneo.

Ambos permanecieron callados, henchidas sus almas de vaga y soñadora poesía.

— ¡Angel! — exclamó repentinamente Enriqueta, toda anegada en llanto. — Una desgracia igual nos unió á ambos en la tierra: ni tú ni yo tenemos madre. Mira al cielo. Aunque el hombre no crea en Dios, el hijo siempre cree en su madre. Juremos por las almas de aquellas que nos llevaron en su seno amarnos eternamente.

Angel, conmovido, anonadado, cayó de rodillas á los pies de Enriqueta, y juró amarla toda su vida.

XXII

¡SE VAN!

La catástrofe del drama estaba cerca.

Los acontecimientos iban empujando á los personajes hasta hacerles chocar unos contra otros.

Así lo comprendió Armengol, quien después de permanecer durante un rato á la puerta del cuarto de Enriqueta á donde una magnética influencia le atría, decidióse á entrar donde estaba su amor.

Enriqueta se hallaba sola y en su rostro notábase la sombra de una infinita tristeza.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Angel, observando la pena que se retrataba en el semblante de su amada. — ¿Qué te sucede?

Enriqueta calló; pero como Angel repitiera sus preguntas, fuéle preciso contestar.

— Nuestros destinos son distintos. Las circunstancias disponen de nosotros y á pesar de que sentimos el uno hacia el otro el atractivo de la simpatía, del amor, jamás podremos unirnos.

— ¡Jamás! — repitió Armengol, — ¿y por qué jamás?

— Sí; es inútil luchar contra los sucesos: vuelvo á decirlo.

— Se vencen los sucesos; se muda su curso cuando hay voluntad. ¿No decías que la voluntad hace prodigios? ¡Me aconsejabas que me valiese de ella como duro escalpo para curar las dolencias de mi alma, y demuestras carecer de ese precioso don, apenas una dificultad te sale al paso... Yo creo que no puede haber nada más horrible que asesinar los sueños acariciados por el alma. Antes que permitir ese suicidio, que suicidio es cuando no procuramos salvar el objeto de nuestras esperanzas de la brutalidad del mundo, todo es lícito, todo justo... ¡Dentro de una semana es tu boda! Todos lo anuncian; tú ya lo sabes... No... no hay tiempo que perder. ¿Quieres hacerte feliz eternamente, labrando al mismo tiempo mi desdicha?

— ¿Qué quieres que haga? Indícame un medio de romper el compromiso en que mi padre se encuentra. El cedería á mi deseo si yo se lo mostrara tan enérgico, tan grande como es... Esto me costaría un sacrificio, pero lo haría.

— ¿Qué dudas entonces?

— ¡Ah! No conoces á mi padre si tal dices. Sería para él un disgusto horrible. ¿Cómo se decide ¡él que es la indecisión misma! á decir á tu padre: «Señor mío: su hijo de V. nos ha destrozado cuantos planes comerciales fundamos en su matrimonio de V. con mi hija?» ¡Ah! Eso es demasiado fuerte para poderlo decir sin que se subleve la indignación en un carácter tan vivo y suspicaz como el de tu padre. Mi padre no se atrevería jamás á dar este paso.

— ¿No hay solución entonces?

— No hay solución, — dijo también Enriqueta, ocultando su rostro entre ambas manos.

Un momento de silencio absoluto sigue á estas palabras, hasta que Armengol, sentándose en una silla baja que había cerca de la ocupada por Enriqueta, exclamó con acento de la más firme decisión:

— Y si yo hallase manera de resolver lo que tú consideras insoluble, ¿aceptarías mis planes?

— ¡Angel! eso equivale á preguntarme si aceptaría la felicidad.

— Es que necesitarías emplear toda la fuerza de voluntad de tu alma para llevar á cabo mis propósitos... Mira, Enriqueta, la situación en que nos hallamos es harto grave y difícil para entretenernos en amorosas retóricas. Hay que hablar con franqueza. Hay que plantear el problema con claridad. Ni tú ni yo podemos dudar del mutuo afecto que ha unido nuestras almas con el hilo de oro del amor, como no podemos dudar tampoco de que un azar maléfico ha apartado nuestros caminos, llenándolos de obstáculos, al parecer insuperables.

El caso es anormal y hay que resolverle también con medidas extraordinarias. ¿No es posible realizar pacíficamente lo que anhelamos? No; tú lo has dicho. Solo un camino queda. Dentro de tres horas zarpa del puerto el vapor *Pichweck-Housse*. Huyamos en él.

Enriqueta no contestó al atrevido pensamiento de su novio. Tenía embargado todo su espíritu con una lucha en que tomaban parte los deberes filiales y otros aún más poderosos ímpetus del corazón; pero su vacilación fué breve, tanto como enérgica y definitiva su respuesta.

— Sí, comprendo que es el único camino que nos queda.

A las tres de la tarde el *Pichweck-Housse*, lanzando todo

su vapor por el silbato, salía de la ensenada de Cadaqués. En la ventanilla de un camarote del buque inglés veíanse dos rostros, uno de mujer, de hombre el otro, que miraban alejarse poco á poco la orilla de donde salieron los dos amantes.

El buque continuó su marcha, y cuando el sol se puso, estaba á la vista de Barcelona. No se detuvo allí tampoco, y siguió la costa del Mediterráneo con rumbo al Sur.

XXIII

CAE EL TELÓN

Para acabar esta relación son precisas muchas cosas, pero ni el tiempo ni nuestro humor, que hoy por hoy es malo, nos dejan buscar todos los datos necesarios á fin de terminar debidamente la historia de nuestros personajes.

Como la curiosidad del lector debe, sin embargo, ser satisfecha, copiamos á continuación dos cartas que un amigo de Armengol, á quien dimos á leer las anteriores cuartillas nos remite:

«En la relación que ha escrito V. faltan datos de importancia.

»Prescindiendo de la claridad con que van narrados los últimos sucesos de Cadaqués, lo cual hasta cierto punto les da cierto carácter, pues la verdad es que fueron todos imprevistos, y sin otra explicación lógica que la lógica del corazón humano, conviene que haga V. algunas revelaciones acerca de los acontecimientos posteriores.

»Diga V. que Armengol y Enriqueta llegaron á Londres sin novedad, á bordo del *Pickwick-Housse*, que aprovecharon muy bien el tiempo para amarse primero y para legalizar su posición después. Ignoro si son completamente felices, pero me parece que lo son en el grado relativo de la ventura terrestre.

»¿Y D. Pedro Armengol? ¡Ah! El viejo comerciante se va haciendo intratable. Yo tengo para mí que ha perdido la lucidez intelectual que antes poseía, porque, dígame usted si es posible en otro caso que repita con frecuencia las siguientes frases:

— ¡Mi hijo! Mi hijo es un grandísimo tunante. Ha nacido para ser mi martirio. ¡Soplarme la dama! ¿qué les parece á Vds. el pillito?

»En cuanto á Arnaldo, que acompaña largas temporadas á su pariente D. Pedro, le escucha con la sonrisa en los labios y le propone alguna vez *disertar sobre el tema* de si tiene ó no razón para quejarse de Angel.

»Haga V. el uso que estime oportuno de estas noticias.»

Otra carta:
«¿Ha leído V. *La Correspondencia* de anteanoche? Habrá V. visto en ella la noticia de que al excelente don Juan le han ascendido el sueldo á doce mil reales. ¡Albricias para él! ¿Sabe V. por qué méritos ha obtenido tan grande distinción?

»¡Ay! ¡Infeliz de la que nace hermosa!»

J. ORTEGA MUNILLA

EL GRANO DE CENTENO

Para comprender que su tarea era obra de titanes, bastaba considerar que el grano de centeno que arrastraban sus casi invisibles antenas era cuatro veces mayor que su cuerpo. Que el granero estaba lejos lo decía el que en toda la extensión que abarcaba la vista no se distinguía ninguna otra hormiga que viniera á ayudarla en su penoso trabajo. Y sin embargo, ella no cejaba. La fatiga la obligaba á veces á detener su marcha; otras, las ondulaciones que el tacón de una bota había producido en la pasada humedad del terreno, la presentaba una barrera que sólo su ingeniosa paciencia era capaz de vencer. Momentos había en que, forzada á abandonar su para ella preciosa carga, rodaba al fondo de un precipicio de tres ó cuatro líneas de profundidad. Pero el activo animalaje no desmayaba, y trepando con más precaución á la empinada cumbre, se deslizaba de nuevo por ella con su tesoro.

Mi hijo, con la cabecita rubia inclinada hacia el suelo, no la perdía de vista un momento. Sin atreverse á respirar siquiera por no interrumpir aquella azarosa marcha, parecía tener concentrada la vida toda en sus ojos azules, desmesuradamente abiertos, de los cuales separaba de tiempo en tiempo el rebelde mechoncillo de cabello con que el viento le azotaba la frente. En ellos se veía un relámpago de júbilo cada vez que la hormiga salvaba un obstáculo, una sombra de tristeza y desaliento siempre que encontraba uno nuevo.

Yo, que le seguía á corta distancia, no le decía una palabra; él parecía hasta haber olvidado mi presencia. Sin embargo, después de unos cuantos segundos invertidos indudablemente en una fructífera exploración, irguió el esbelto cuerpecillo y con la satisfacción del que ha realizado un importante descubrimiento, me dijo:

— Ya sé adonde va.

Y extendiendo el índice de su manecita carnosa y aterciopelada, añadió:

— Allí.

Con efecto, á corta distancia del sitio donde nos hallábamos, la insegura línea trazada por un reguero de hormigas marcaba el punto á que indudablemente se dirigía el trabajador insecto.

— ¿Y qué piensas hacer? — le pregunté, como si efectivamente el problema fuera de difícil solución.

— Ayudarla, — respondió con tono resuelto.

Y sin dar tiempo á que yo pusiera el visto bueno á su designio, asíó cuidadosamente á su protegida con dos dedos. Esta, asustada al principio, pareció querer huir, pero en seguida su claro instinto la hizo comprender que nada de hostil tenía la inesperada agresión y todo lo que hizo fué ceñir con mayor fuerza sus antenas al grano de centeno.

Cuando llegué al hormiguero la preciosa carga, empujada por un enjambre de obreras, se perdía en las profundidades del pequeño orificio que servía de pórtico á aquel falasterio.

Tan pronto como el grano de centeno desapareció por completo, mi hijo se volvió á mí. Una sonrisa de satisfacción delataba el legítimo orgullo de que estaba poseído. De su garganta salía ya un grito de júbilo, cuando de pronto se quedó parado como si un súbito terror paralizara sus facultades. Sus ojos acababan de fijarse en el reguero de hormigas en que las huellas de sus diminutos pies habían quedado marcadas por un centenar de cadáveres.

Yo, no sabiendo qué responder á la muda interrogación que me hacía, me limité á cogerle de la mano y llevarme de allí.

Aquel día nuestra vuelta á casa fué menos animada que de costumbre. Mientras el chiquillo hacía sin duda extrañas reflexiones sobre el pasado incidente, yo, mirando sus arqueadas cejas, fruncidas en un gracioso mohín de meditación, murmuraba para mis adentros:

— ¡Ay! hijo mío, no será el último disgusto de este género que lleves en la vida. La mayor parte de las veces, cuando creas haber realizado una buena acción, si te tomas la molestia de volver los ojos, verás que son mucho mayores los males que inconscientemente has causado.

Por supuesto, esto ni se lo dije entonces, ni se lo diré nunca. Hay cosas que vale más saberlas tarde ó no saberlas. Sólo ignorándolas es como se puede contribuir á que este viejo mundo siga su marcha.

ANGEL R. CHAVES

LOS CANDELEROS DE PLATA

POR DON PEDRO M.^a BARRERA

Excepto la señora Decorosa, abuela del pescador Cosme Mourelo, nadie ignoraba en Bayona de Galicia que éste bebía los vientos por Socorro Patiño, hermosa huérfana de diez y siete años, cuyo menor encanto era la hermosura. El señor Liberato, otro pescador, más conocido con el apodo de Ourogue (1), había recogido á la huérfana cuando acababan de destetarla, y la conservaba á su lado queriéndola como á una hija. No merecía menos la pobre muchacha: ella cuidaba de ir á la fuente para que en los baldes de la cocina no faltase nunca agua; ella tenía tal arte para guisar, que con unas tristes patatas preparaba un plato capaz de abrir el apetito á las piedras; ella hacía las más primorosas puntillas y colchas de *crochet*, labores en que las bayonesas son una especialidad; ella recogía la pesca cuando llegaban las lanchas, metía en tierra los aparejos y componía con una agilidad pasmosa los agujeros que en las redes hacía el pescado; y atendiendo á todo en la casa, y ocupándose en faenas tan diversas, todavía le quedaba tiempo para asistir al anochecer la mayor parte de los días á rezar el rosario en la iglesia del convento de las monjas dominicas.

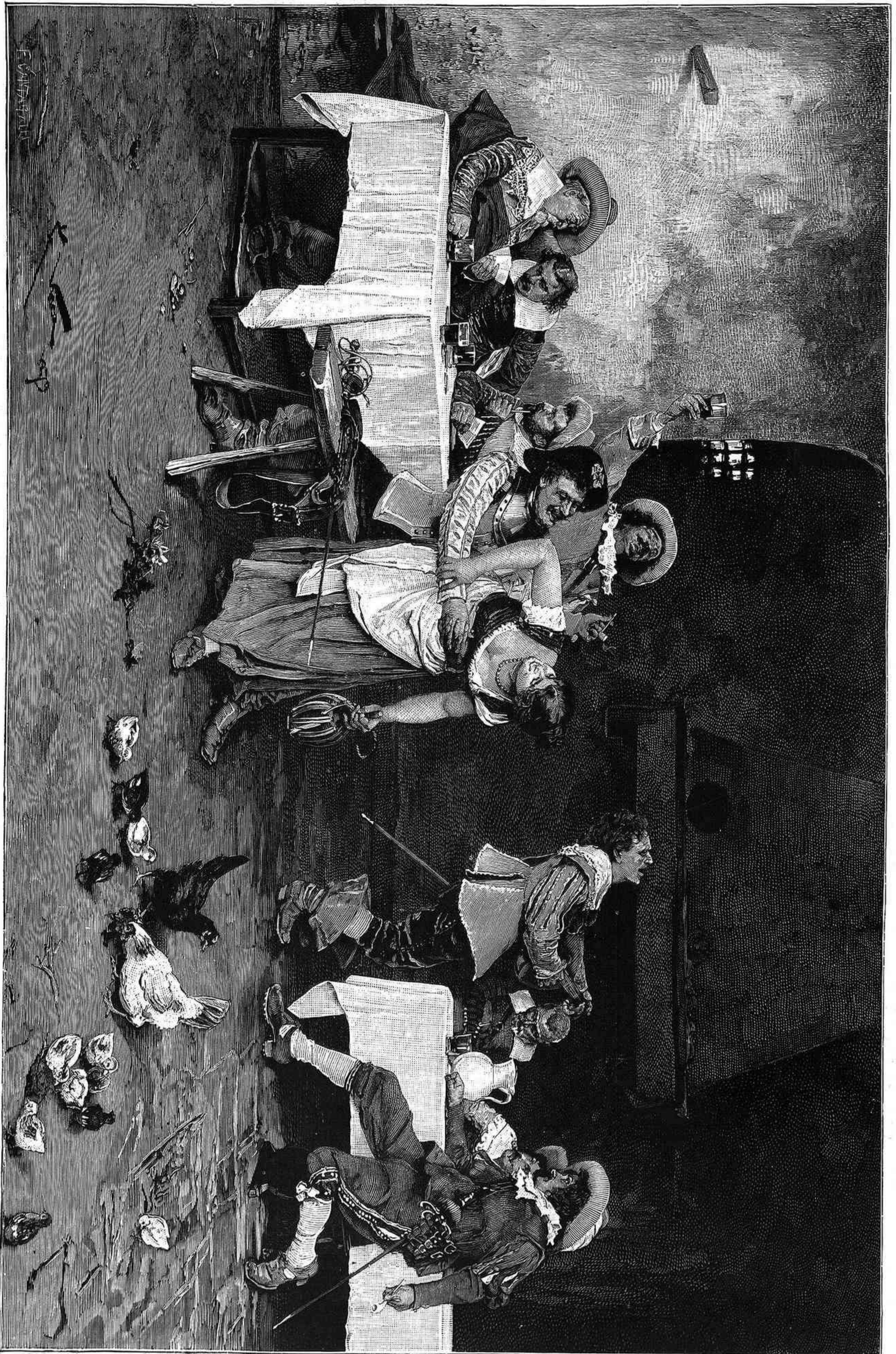
Las circunstancias de Cosme y del señor Liberato eran completamente distintas. Aquél no había cumplido cinco lustros; éste pasaba de los catorce: el primero iba á la pesca todos los días que el vendaval, la niebla ó la intranquilidad del mar no impedían que las lanchas saliesen del puerto; el segundo hacía ya bastante tiempo que después de cerca de medio siglo de vivir casi constantemente á bordo, se limitaba á ir al muelle ó á la playa, y, todo lo más, á cruzar la bahía cuando en la aldea fronterá del Panjón le calafateaban ó carenaban alguno de sus barcos: había tenido Cosme la suerte de no servir en la marina de guerra; al señor Liberato le echaron la zarpa al cumplir la edad reglamentaria y sirvió día por día en *barco de rey* el número de años exigido por las ordenanzas: aquél, por último, no contaba con otros recursos que con el producto de la pesca; éste, además de la pesca, tenía una casa, la lancha espinelera (2) de más toneladas del distrito marítimo de Bayona, otras tres lanchas sardineras, dos botes, dos gamelas y unos diez mil duros que invertía en hacer préstamos á la gente de su oficio cobrando un rédito insignificante.

El nieto de la señora Decorosa era uno de los veinte marineros que desde octubre hasta San Sebastián se metían treinta millas mar adentro persiguiendo al besugo en la gran lancha de Ourogue: marzo y abril los pasaba tras la merluza: el resto del año el viejo le entregaba uno de los botes, y con otro hombre y un chiquillo que él buscaba, hacía guerra á muerte á congrios, pajeles, salmones y fanecas en todo el espacio comprendido entre el puerto, las islas Cies y el cabo Silleiro.

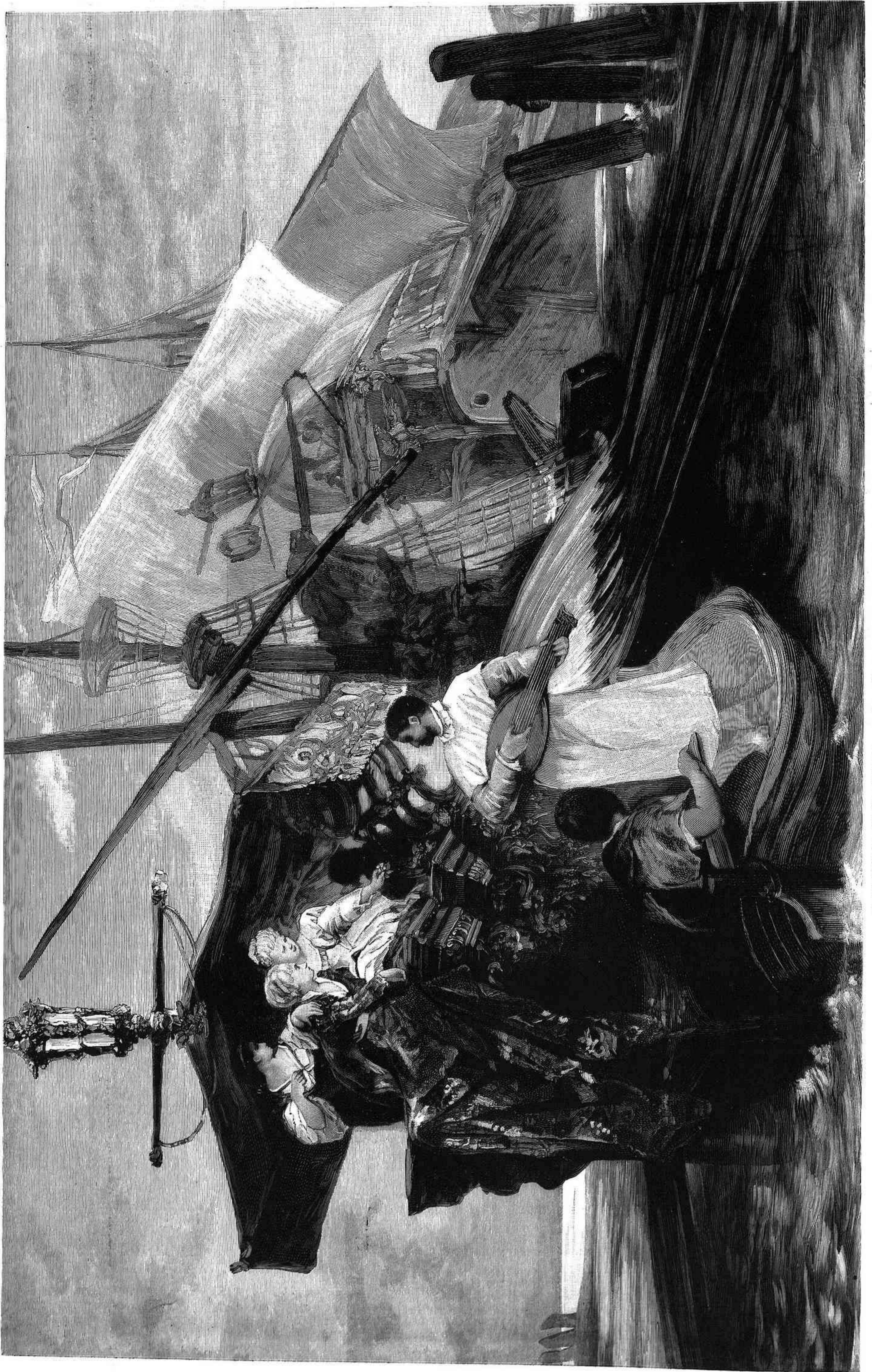
La víspera de un domingo de Ramos habían salido á las ocho de la mañana, como de costumbre, las lanchas pinchadoras ó espineleras. El tiempo era bueno, y según los inteligentes, cuatro horas después todas debían estar largando los aparejos. Poco á poco el horizonte se fué envolviendo en negros nubarrones; arreció por momen-

(1) Anguila.

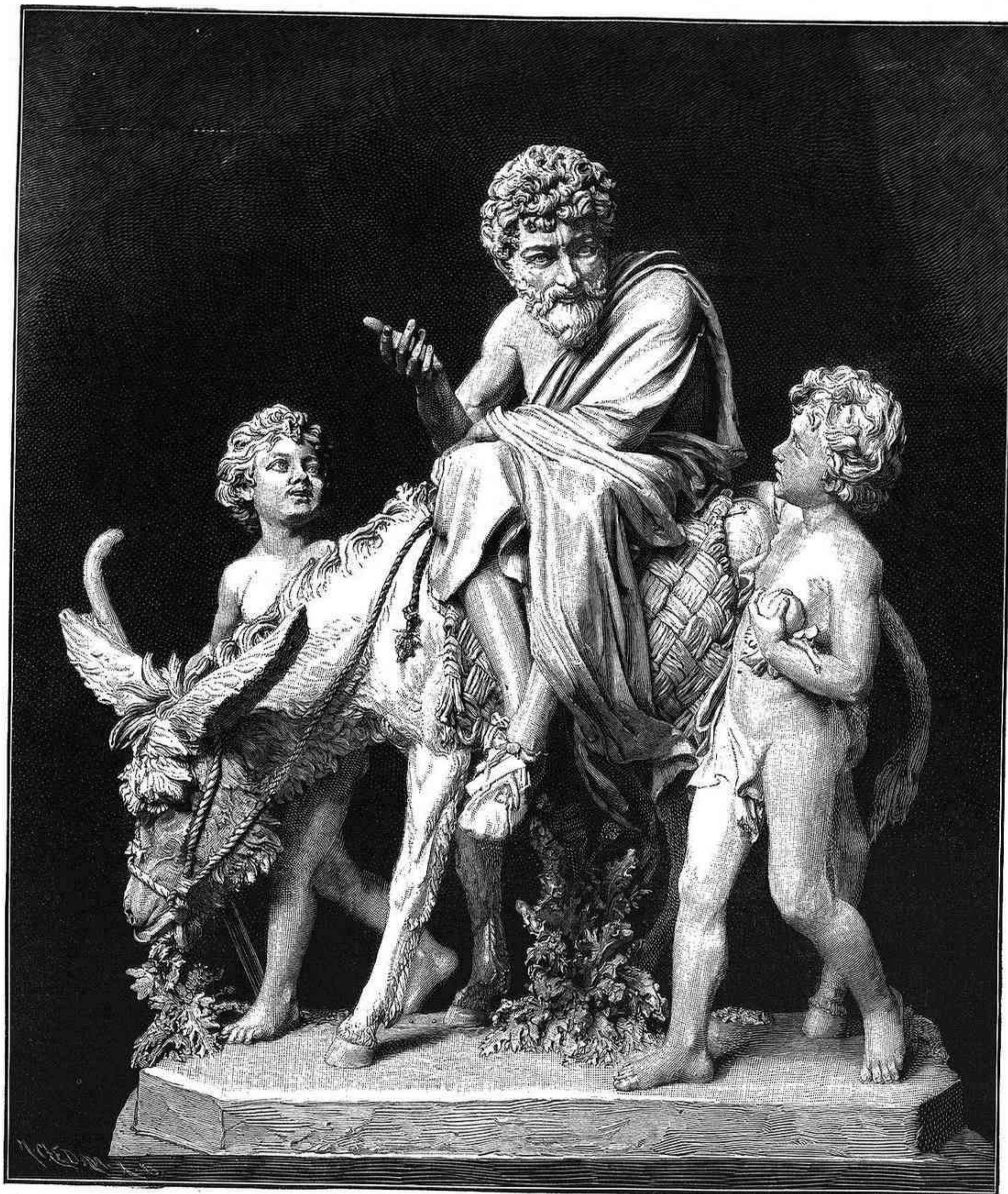
(2) Espineleros son los que pescan besugo.



EN LA COCINA, cuadro de Francisco Vinea



SERENATA VENECIANA, copia del celebrado cuadro de Hans Makart



ESOPHO, grupo escultórico de Enrique Moller

tos la marejada, convirtiéndose al cabo en veloces olas que azotadas por rachas huracanadas producían espantosos remolinos; espesa bruma se cernió sobre montañas de rabiosos espumarajos; las nubes parecían conjunto de torrentes y cataratas, y se confundían los rugidos de las rompientes con los del vendaval. En la carretera y en los peñones de la costa hormigueaban las familias de los pescadores, queriendo en vano divisar entre la bruma y el revuelto oleaje las frágiles barquillas donde el que menos tenía un ser querido. Los botes y gamelas habían dispuesto del tiempo preciso para tomar puerto y varar lejos del alcance de las recias sacudidas que en la playa producía la tormenta; pero ¿cuántas lanchas zozobrarían? ¿cuántos marineros de los que horas antes dejaban la villa rebosando vida no debían volver jamás? La noche cerró sin que el tiempo abonanzase: noche horrible en que hubo quien soñó despierto con quillas vueltas, remos y mástiles dispersos, cadáveres arrojados a la orilla del mar. Al día siguiente el terrible viento sur había desaparecido; el cielo estaba despejado; la mar ligeramente picada. En toda la mañana no cesaron de entrar lanchas. La llegada de cada una producía un alboroto: ¿se habían encontrado á punto de naufragar los recién llegados? ¿volvían buenos? ¿habían visto á los demás?...

— Afortunada y milagrosamente, aunque muchos pescadores regresaban en un estado deplorable y casi todas las lanchas necesitaron carena, ni en hombres ni en barcos hubo que lamentar baja alguna.

Poco después una persona desconocida, según aseguraban las monjas, regaló unos candeleros de plata para que luciesen en el altar de Santa Rosa de Lima.

Llegó el mes de mayo, y mientras campos y montañas se llenaban de follajes y flores, la mar, constantemente picada, obligaba á los pescadores á permanecer en tierra un día y otro día.

— Cuando el temporal amaine, — dijo Cosme al se-

ñor Liberato, — ya será ocasión de ver cómo se da el congreso este año.

— Será. ¿Y tú piensas buscarlo siempre en el mi bote Lucero?

— ¿No le conviene?

— Me conviene; pero no es de mi conveniencia de lo que quiero que hablemos, sino de la tuya.

podía calcularse en otro tanto el producto de cocer y arreglar pulpo para cebo de los anzuelos, y de meter en tierra la pesca y los aparejos á la llegada de las lanchas: además, los días que iba á la Palma á atar malla en los rapadizos (1) de las redes, le daba una peseta el señor Liberato. Durante el invierno, que no suele haber redes, se hacía á ratos dos colchas de *crochet*: gastaba



LAS SEGADORAS, copia del cuadro de Julio Bretón

en ellas unas siete libras de algodón del número doce, que le costaban cincuenta y seis reales, y vendía cada colcha en cuatro pesos. Entre todo podía calcularse que ganaba y ahorraba al año cuarenta duros, puesto que no teniendo que gastar nada en comer, ni en vestirse porque esto lo hacía con la ropa que desechaba la mujer de

Ourogue, ni en calzado porque no le usaba más que los días de fiesta y conservaba casi nuevos un par de zapatos que al cumplir los quince años le habían regalado sus protectores, claro está que sus ingresos quedaban intactos.

(1) Agujeros.

(Continuará)

— Pues la mía es preferir su bote al de otro.
— No estamos de acuerdo: la tuya es ser patrón de un bote propio.

— ¡Ya! y como el oficio produce menos cada vez y apenas gano para ir tirando la mi abuela y yo, resulta que ó me llueven las onzas del cielo ó no veré ese bote en todos los días de mi vida.

— Estás equivocado. Pregúntale á Socorro si necesitará allá lluvia de onzas para amueblar la tu casa cuando os caséis, y es seguro que después de oírte te parecerá muy fácil lo que ahora juzgas imposible.

Este diálogo tenía lugar en la plaza, enfrente del muelle y del pretil del malecón del puerto, y cerca de la puerta de un hojalatero, trabajador incansable, que siempre detrás de una gran ventana sin reja ni cristales, solía enredar conversación con todo el que pasaba, mientras hacía para la calderada de los marineros una olla de medio metro de altura y más de un metro de circunferencia, faroles, jarros y vasos, ó convertía las latas de petróleo en calderos para cocer mondaduras de patatas, verduras, harina de maíz ó salvado.

— ¿Va por allí Socorro? — exclamó Cosme señalando hacia el pretil: y el señor Liberato, sonriendo maliciosamente, contestó:

— Por allí va: anda y que te diga eso que tú no sabes.

La muchacha cruzaba con una cesta de ropa en la cabeza, de lo cual dedujo Cosme que iba á lavar, y que desde el muelle al riachuelo del Burgo bien podían caminar juntos un cuarto de hora largo, yendo á paso de buey como es de razón cuando agrada el palique y más que el palique la compañía.

— ¡Eh, amigo Ourogue! — gritó el hojalatero, sin dejar la labor que tenía entre manos.

— ¿Qué tripa se le ha roto? — preguntó el viejo acercándose á la ventana.

— Estoy pensando que aunque ya no navega ese cuerpo y el mio no ha navegado nunca, nos relameríamos de gusto si pudiéramos embarcarnos en esa lanchita que se llama Socorro.

— Tiene patrón que la gobernará mejor que nosotros, amigo latonero.

— ¡Buena pareja va hacer con Cosme!

— Buena. El es todo un hombre de bien y un pescador de mucho mérito.

— Y ella una rapaza que no se encuentra mejor ni con candiles.

En tanto que los de la ventana ponían por las nubes á los novios, prueba evidente de que no siempre que se juntan dos personas es para desollar viva á una tercera, Socorro explicaba á Mourelo de qué manera pensaba adquirir todos los enseres necesarios en la casa de un pobre. El procedimiento no podía ser más sencillo: ganaba de salario veinte reales mensuales: además

COMUNICACIONES PERMANENTES
CON LOS TRENES EN MARCHA

Los accidentes que se producen con demasiada frecuencia en los caminos de hierro vienen a comunicar un carácter de actualidad cada vez más triste á la difícil cuestión de las comunicaciones permanentes, telegráficas ó telefónicas, entre los trenes en marcha y las estaciones vecinas, cuestión de tanto interés é importancia. Sin ánimo de insistir en la evidente utilidad de la solución de semejante problema, vamos á dar cuenta de los proyectos propuestos, ó ya ensayados, indicando más particularmente aquellos que, desde hace un año, excitaban algún interés en América, y de rechazo en Europa. Sólo nos ocuparemos de las comunicaciones permanentes.

La idea de establecer estas comunicaciones con los trenes en marcha es ya muy antigua. El primer medio propuesto consistía en un rail especial continuo colocado entre los dos ordinarios, sobre el cual un frotador móvil establecía un contacto permanente. Este sistema se probó durante un mes, en 1856, en una línea de ensayo establecida entre Argenteuil y Saint Cloud; pero se debió renunciar á la práctica al cabo de este tiempo.

Un estudio más profundo de la acción eléctrica á ciertas distancias, el descubrimiento de los diapasones eléctricos, y por último del teléfono, han aumentado considerablemente los recursos del ingeniero-eléctrico, y varios inventores han investigado para ver si sería posible utilizar estos nuevos descubrimientos, suprimiendo la comunicación metálica permanente, y sustituyéndola con acciones inductrices, que se transmiten con mucha rapidez á través de todos los dieléctricos, en particular el aire. Este principio es el que caracteriza los nuevos sistemas, ya muy numerosos, y que pueden subdividirse en dos grandes clases, á saber:

- 1.^a Sistemas de inducción magnética, en los que se utilizan las acciones magnéticas de la corriente.
- 2.^a Sistemas de inducción electrostática, en los cuales intervienen las acciones electrostáticas.

Cada una de estas clases es además susceptible de las subdivisiones fundadas en la naturaleza de los aparatos de trasmisión y receptores que, según los casos son postes telegráficos, teléfonos, ó una combinación de ambos.

Sistemas de inducción magnética.—El primer aparato telegráfico con los trenes en marcha, fundado sobre el principio de la inducción magnética, fué imaginado por M. Lucius y J. Phelps, y establecido hace más de un año, por vía de ensayo, en una línea de veintidos kilómetros de longitud, en Nueva York, entre Harlem-River y New-Rochelle-Junction. Desde que comenzó á funcionar ha prestado servicio diariamente, y hace muy poco tiempo evitó una desgracia, anunciando al conductor de un tren en marcha que otro que le precedía acababa de sufrir un percance, habiendo quedado detenidos varios coches que obstruían el paso. Hé aquí el principio del sistema Phelps:

En medio de la vía, entre los dos rails, se fija un conductor, aislado en una vaina de madera; por una de sus extremidades se comunica con la tierra, y por la otra con el manipulador de la estación. Este manipulador permite enviar al conductor una serie de corrientes largas y cortas, que obran sobre el circuito inducido móvil que va en el tren, circuito formado por un carrete vertical que tiene noventa vueltas, y que ocupa toda la longitud del furgón telegráfico, presentando unos 2,400 metros de largo, de los que mil se ponen muy cerca del conductor colocado entre los rails, y otros mil tan lejos como sea posible.

Las extremidades libres terminan en un poste telegráfico instalado en el furgón: aquí se presentan dos casos, según que éste reciba ó transmita.

Para la recepción, el carrete inducido se enlaza con un poste muy sensible que cierra el circuito de una pila local sobre un *sounder* (resonador). Para la trasmisión, la pila se cierra sobre el carrete inducido por medio de un *buzzer* (vibrador), que envía una serie de corrientes interrumpidas á dicho carrete, las cuales inducen sobre la línea una serie de otras que hacen funcionar un teléfono en la estación receptora, permitiendo leer las señales Morse al sonido. M. Phelps, considerando que el teléfono no se podría emplear como receptor sobre el tren, á causa del

COMUNICACIONES PERMANENTES CON LOS TRENES EN MARCHA

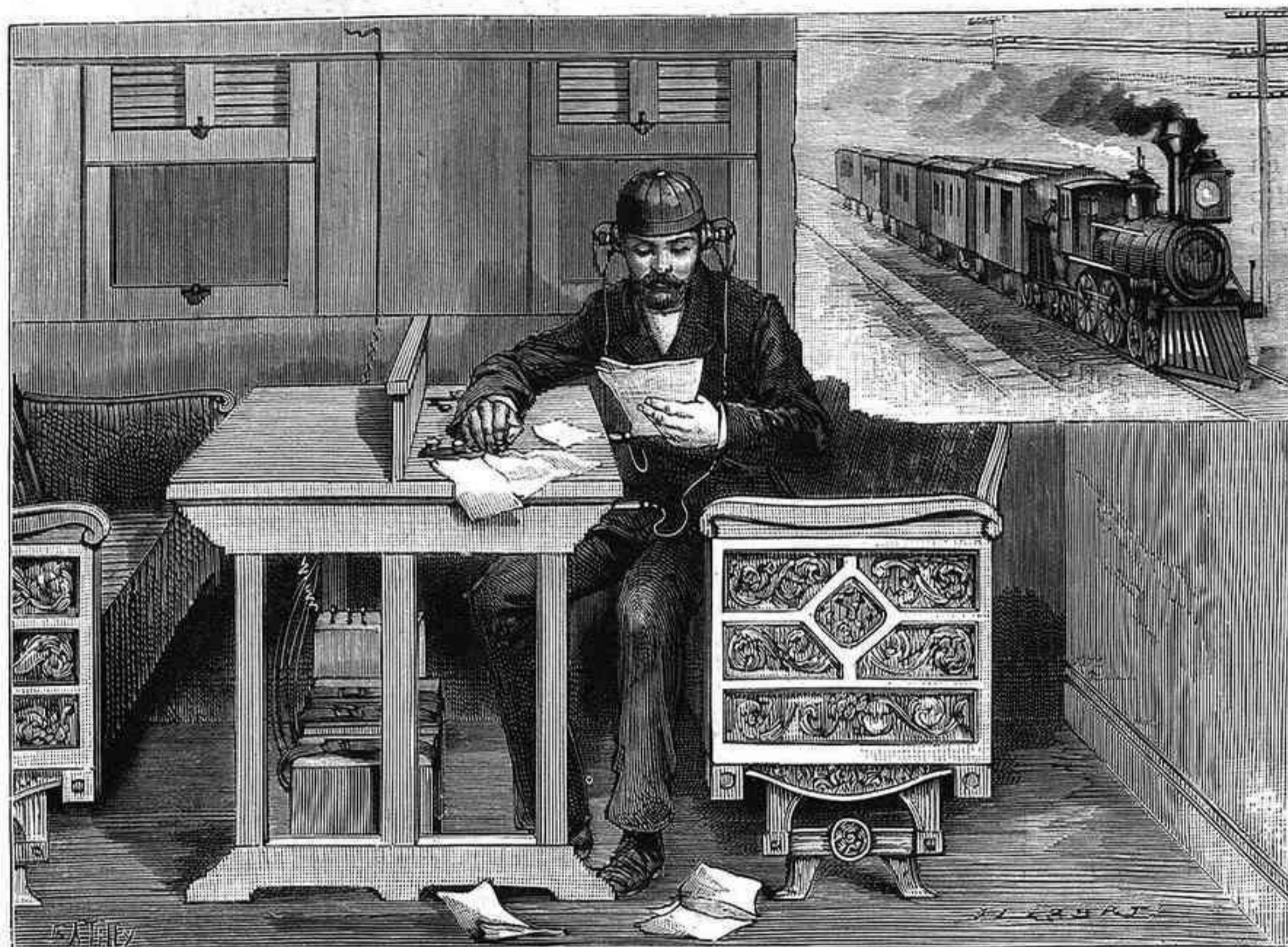


Fig. 1.—Comunicaciones telefónicas de los trenes en marcha, sistema Edison.—Empleado provisto del aparato telefónico, recibiendo un despacho en el interior de un wagón en marcha

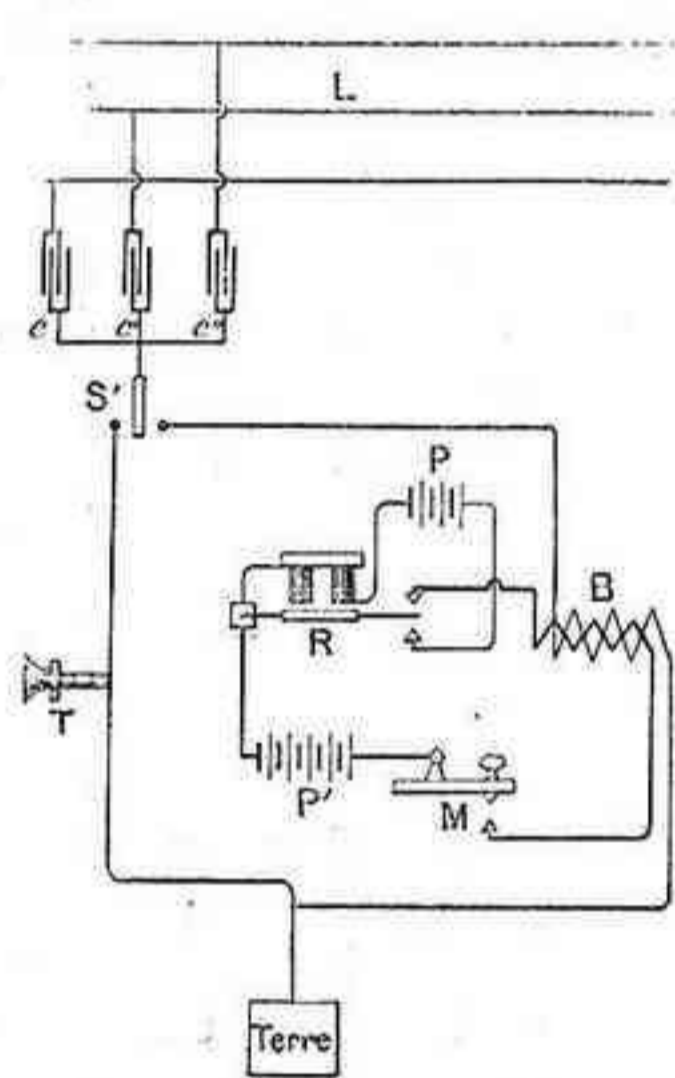


Fig. 2.—Estación con condensadores

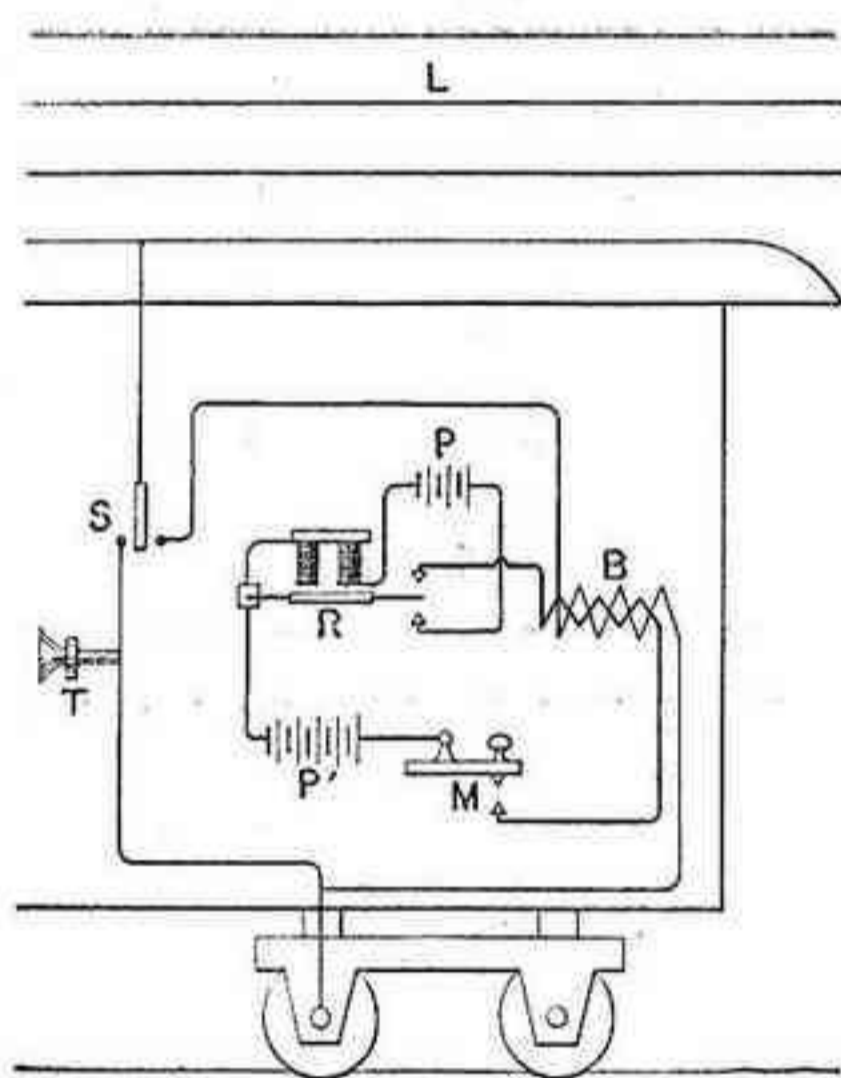


Fig. 3.—Estación en el tren en marcha

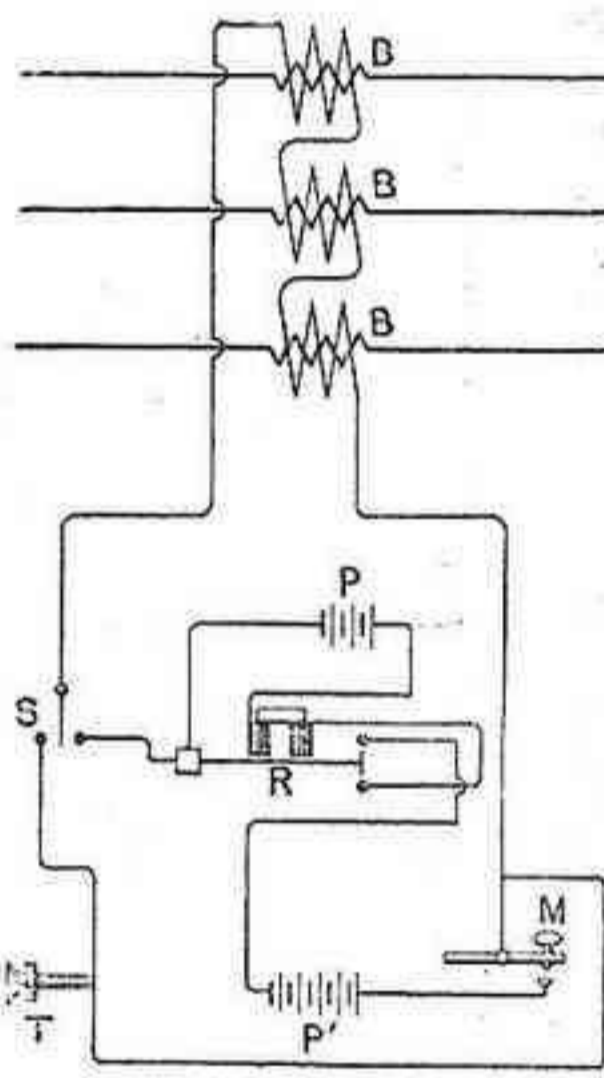


Fig. 4.—Estación con transformadores

ruido, se sirvió de un poste y de un *sounder*, que producen clics perceptibles á tres metros del aparato, aunque el tren lleve toda su velocidad.

La construcción del poste era sumamente delicada, pues debía obedecer á corrientes inducidas muy débiles, manteniéndose al mismo tiempo insensible á las sacudidas, trepidaciones y movimientos, con frecuencia muy fuertes, del tren en marcha. Este resultado se obtuvo construyendo una armadura de escaso volumen, para que el momento de inercia fuera muy breve, y haciendo mover aquella en un campo magnético sumamente intenso, constituido por dos poderosos imanes permanentes.

Sólo se han verificado hasta aquí estas comunicaciones entre un tren en marcha y una estación; pero concíbese que sería posible establecerlas entre dos trenes en movimiento. Bajo el punto de vista de la práctica, sin embargo, esto último no ofrece tanto interés, pues la utilidad de comunicarse es principalmente para el tren y la estación de donde salió, que le tiene así bajo su dependencia hasta que cambie de línea.

M. Phelps había previsto hasta el caso de una estación completamente aislada, puesta en comunicación con la línea por inducción, para lo cual emplearía un carrete inducido fijo, de la longitud necesaria, paralelo con el conductor principal. Tales son los principios aplicados en el sistema Phelps.

Sistemas de inducción electrostática.—Hace algunos años, hacia 1881, M. Wm.-W. Smith pensaba que sería posible establecer una comunicación permanente con los trenes en marcha, sirviéndose de acciones electrostáticas, y hasta pidió un privilegio para utilizar este orden de ideas, pero como no persistiese en su plan, un día se apoderaron de él M. E.-T. Gilliland y Edison, desarrolláronle é hicieron posible la aplicación.

El principio consiste en formar un vasto condensador, una de cuyas armaduras, que es fija, está constituida por los hilos telegráficos que costean la vía; mientras que la otra, móvil, se forma por los techos ó cubiertas de los trenes, que siendo metálicos se aíslan convenientemente, enlazándolos entre sí por la electricidad, no siendo el dieléctrico otra cosa sino la capa de aire comprendida entre los hilos del telégrafo y los techos de los coches. Cada vez que se eleve la potencia de los hilos telegráficos ó de los techos de los coches, se encargará este condensador de armadura móvil; y su carga producirá una corriente de carga momentánea, que puede utilizarse para hacer funcionar un receptor apropiado. Para tener cargas

sensibles, capaces de ejercer su acción en los receptores, es preciso servirse de altos potenciales, puesto que la capacidad del condensador es débil, y esto se conseguirá con el auxilio de los transformadores.

Los telegramas llegan á las estaciones bajo la forma de señales Morse y se reciben en dos teléfonos, que el empleado que va en el tren se fija en las orejas permanentemente (fig. 1) por medio de un casquete, quedándole las manos libres.

Como las combinaciones son muy numerosas, nos contentaremos con indicar una de aquellas de explicación más sencilla. La fig. 2 indica el arreglo de una de las estaciones, y en la fig. 3 se representa cómo está dispuesta la estación ambulante en el tren. Se verá que ésta última comprende cuatro circuitos diferentes: 1.^o el circuito de un vibrador sometido á una pila especial P, y en el que se producen unos quinientos contactos eléctricos por segundo; este vibrador funciona de continuo durante todo el tiempo de la trasmisión; 2.^o el circuito de una pila P', que se comunica con el circuito inductor de hilo grueso de un carrete de inducción B, al que se envían corrientes interrumpidas cada vez que se oprime el manipulador M; 3.^o el circuito inducido del carrete B, que en la posición de trasmisión se comunica por una extremidad con la tierra, mediante las ruedas del coche y los rails, y por la otra con el techo aislado de los coches por medio del comunicador S; y 4.^o el circuito del teléfono T, que toca con la tierra con una extremidad, comunicando por la otra con el techo de los coches en la postura de recepción.

Oprimiendo la llave se producirá, por medio del carrete B, una rápida serie de corrientes de alta tensión, que se comunicarán en la línea ó la red de líneas paralelas bajo la forma de

cargas y descargas sucesivas.

La fig. 2 demuestra cómo estas cargas de la red de líneas podrán cargar á su vez los condensadores c, c' c'', obrando en el teléfono receptor y haciéndole emitir una verdadera serie de sonidos largos ó cortos, según que se oprima más ó menos tiempo la llave del manipulador M.

En la estación fija se pueden sustituir los condensadores con carretes de inducción, ensartados en uno de los circuitos en la línea misma, y que cierra en el otro localmente, sea sobre el teléfono, en la posición de recepción, ó sobre el manipulador ó el vibrador en la de trasmisión: este es el arreglo representado en la fig. 4, explicándose la acción fácilmente por lo que hemos dicho de las otras combinaciones.

Inútil parece decir que en todas estas aplicaciones se utilizan los hilos telegráficos ordinarios sin distraerlos de su servicio; entonces conviene aplicarles las disposiciones anti-inductrices y graduadoras de M. Van Rysselberghe, para que las trasmisiones telegráficas ordinarias no se perciban por los teléfonos.

M. Phelps, cuyo sistema de inducción magnética hemos dado á conocer, ha obtenido privilegio también para nuevas disposiciones fundadas en la acción electrostática. Por una de ellas queda suprimido el *buzzer* ó vibrador, así como el carrete de inducción, y los sonidos se reducen á clics característicos en el momento de cerrarse y romperse el circuito. Por último, sustituyendo la llave de Morse con un micrófono, M. Phelps se propone *telefonar* con los trenes en marcha; pero esto se reduce á un proyecto que no ha sido sancionado aún por la experiencia.

El problema de una comunicación telegráfica permanente con los trenes en marcha se puede considerar hoy, pues, como resuelto; mas por ahora no creemos que esté llamado á desarrollarse mucho más en la práctica; es preciso, en efecto, no perder de vista que el sistema ha de inmovilizar una ó varias líneas para una sola comunicación, y que para obtener varias á la vez con los mismos conductores, en secciones diferentes, será preciso aislar éstas telefónicamente, separar las partes á la llegada, etc., y realizar, en fin, trasmisiones telefónicas musicales simultáneas.

Si hemos de creer á los diarios americanos, estos fenómenos de cargas y descargas habrán conducido á Edison á un verdadero descubrimiento relativo á la manera de propagar cargas eléctricas á través del aire.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

La isla está administrada por un gobernador general, brigadier, que reside en Zamboanga, hallándose dividida en cuatro gobiernos particulares, Cottabato y Davao en el sud, Misamis y Surigao en el norte. Sólo las costas son bien conocidas, aunque algunas de las cartas hidrográficas de esta región dejan mucho que desear; pero en este momento la comisión hidrográfica permanente de las Filipinas se ocupa en hacer el trazado de la parte de costas de la isla que no ha sido objeto de recientes trabajos.

El suelo de esta grande isla, fértil, accidentado, y de difícil acceso, está ocupado por pueblos que pueden dividirse en cuatro grupos:

1.º Los indios Bisayas, todos católicos, y sometidos á España; compréndense también bajo este nombre muchos indígenas *conquistados* hace largo tiempo, es decir, convertidos al cristianismo. Se encuentran pocos Bisayas fuera de los pueblos, situados casi todos en la costa ó en su inmediación: el número de estos indígenas no excede de 150,000 almas.

2.º Los Malayos ó moros, todos mahometanos, diseminados principalmente en el sud, en la cuenca del Río Grande, y alrededor de algunos lagos del interior.

3.º Varios chinos, cargadores y mercaderes, establecidos en los pueblos.

4.º Los *Infieles*, indígenas de razas muy diversas, salvajes idólatras é independientes, que ocupan el interior de la isla.

El número de los moros y los infieles reunidos se calcula en 300,000 mil almas; pero la evaluación sólo puede ser aproximativa, porque estos pueblos son en gran parte desconocidos.

Se ha de tener presente, para comprender el estado de Mindanao, que es una grande isla, cuyas dimensiones extremas llegan á 470 kilómetros, poco más ó menos, de norte á sud; y á 490 de este á oeste, ocupando los españoles los cuatro ángulos; de modo que dominan todas las costas.

9 de abril, á las siete de la tarde. — Después de tocar en Pollok, magnífico puerto natural de la costa Sud, y en Cotta Bato, que domina las orillas del Río Grande de



Río Sagaliud. Golfo de Sandakán (nordeste de Borneo)

Mindanao, penetramos en el estrecho de Sarangani, formado por las islas del mismo nombre y la punta Panguian. Nos detenemos al oír un cañonazo y á los pocos minutos sube á bordo el teniente de navío D. Enrique Ramos y Azcárraga, seguido del Dr. D. Gabriel López y Martín. El señor Ramos, comandante de la estación naval de Davao,

crucaba aquí hacía algunos días con una de sus goletas para vigilar á los moros de la costa, ocupándose á la vez en trazar la carta de las islas Sarangani.

El señor Ramos, avisado de nuestra próxima llegada por una carta del cónsul, M. Dudemaine, viene á buscarnos y nos asegura que no podríamos elegir mejor terreno que la provincia de Davao para continuar nuestras investigaciones, añadiendo que podemos contar sin reserva con todos los medios de que dispone.

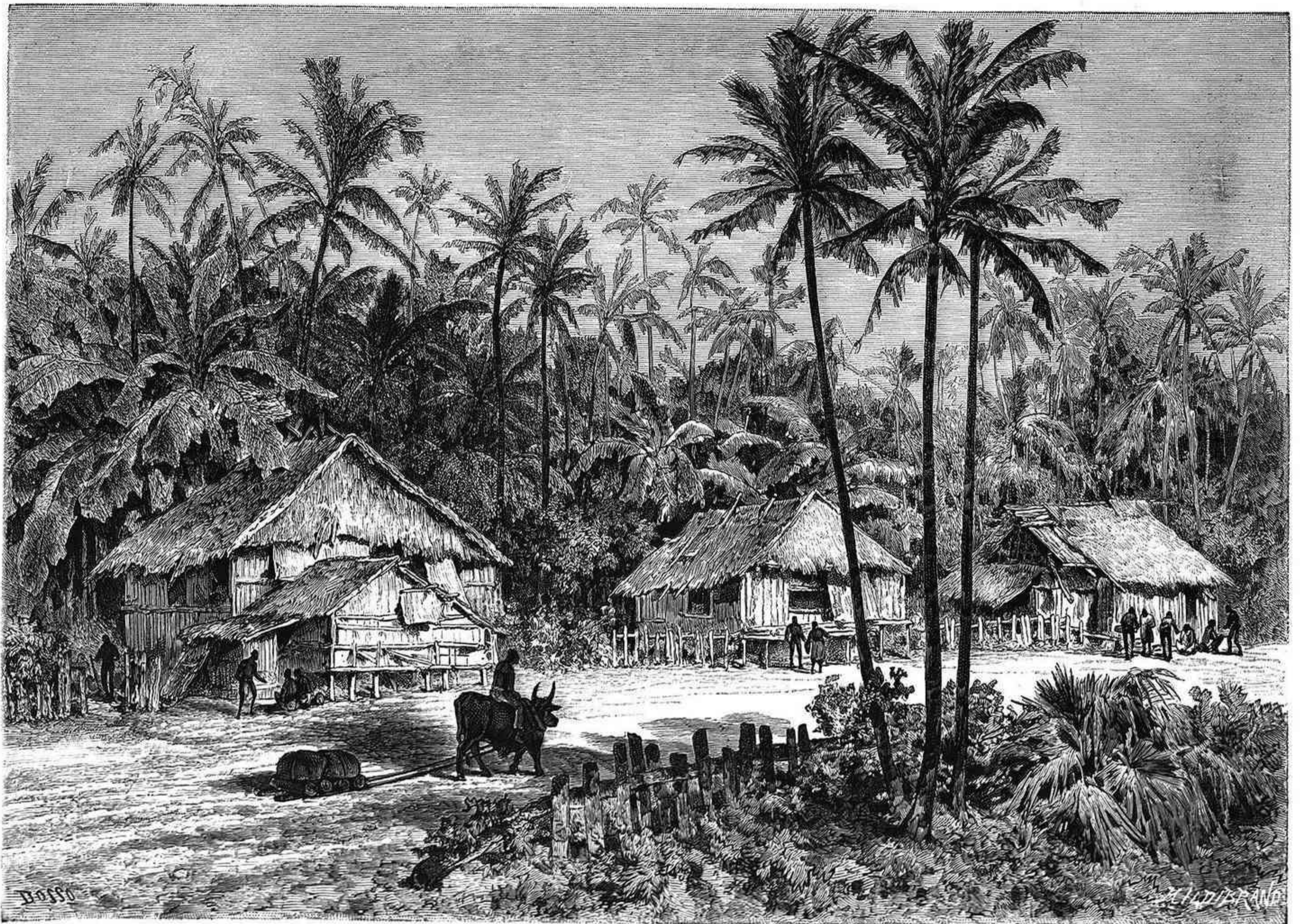
10 abril. — El *Pasig* avanza por la costa oeste del golfo de Davao, cuyas altas montañas, bosques y praderas reproducen el paisaje que vemos desde Pollok.

Sobre estas montañas, á larga distancia por el oeste, elevase el Matutun, al pie del cual se deslizan las aguas de Río Grande. Cerca de Davao, en la costa misma, descuella majestuosamente el Apó, el gran volcán cuyas pendientes, cubiertas de bosque con frondosos valles, no hollados aún por la planta del europeo, nos ofrecen desde nuestra llegada el atractivo de una ascensión importante y magnífica.

A las dos de la tarde el *Pasig* ancla á milla y media del pequeño río de Davao, cuya desembocadura está obstruída por una barrera. Los cuidados y las molestias que nos causan nuestros numerosos cargadores en casos de traslación, disminuyen mucho esta vez, gracias á la falúa de la estación naval, que por orden del señor Ramos recoge todos nuestros equipajes y los desembarca.

El P. Minovés, de la Compañía de Jesús, cura de Davao, nos recibe afectuosamente, é insiste para que nos instalemos en su casa; pero temiendo molestarle, nos alojamos en dos casas próximas, gracias á la intervención del doctor López; yo me hospedo en la del amable D. Juan Junquero y Luján, oficial de infantería, que tiene un piso bajo con jardín, muy conveniente para la instalación. Aunque mi compañero Rey está enfermo, aquejado de dolores hepáticos y de una ardiente fiebre, debidos á la humedad, muy pronto se nos prevee de todo lo necesario, gracias al concurso de todos los españoles residentes aquí; tomamos á nuestro servicio dos muchachos, con la seguridad de obtener una barca; compramos caballos, y ya nos será posible correr en todas direcciones.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. — Una calle de Davao (sudeste de Mindanao)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN